

ALBERTO PLA Y RUBIO



¡POBRES MADRES!

Consideración de 1.ª medalla en la Exposición Nacional de 1901.

Apenas llevaba Miguel á Consuelo un par de años en la edad, doble número de centímetros en la estatura. Los dos eran simpáticos, buenos, inteligentes, carifiosos... ¡Oh! No había duda; estaban en lo fuerte, amigos y amigas, al formular las supradichas apreciaciones.

Poco antes de su matrimonio hallábanse ambos en el jardín del hotel que en Recoletos ocupaba la familia de Consuelo. Paseaban cogidos del brazo, cambiando no interrumpidas miradas y hablando en voz baja, aunque nadie podía oírlos. Inútil es consignar que cruzaban ternezas y forjaban planes de futura dicha: ¿caso no es ésta la exclusiva conversación de los enamorados?

Miguel se expresaba con fuego; sus frases, llenas de pasión, brotaban del alma; para él no existía, no habría nunca más que su Consuelo. ¿Qué ventura igual á la de poseerla? ¿Qué existencia comparable á la de ambos esposos, paseando su amor y su felicidad por las principales ciudades de Europa, después de haberlos ocultado discretamente por algún tiempo en una poética y retirada posesión de los padres del joven, situada en un rincón de Andalucía?

La novia escuchaba sonriendo y contestaba á las palabras de su amado con otras más expresivas aún que las de éste; sus protestas tenían mayor energía que las de Miguel, eran más apasionadas y ardientes; hubiérase dicho que los papeles estaban invertidos, que había mayor virilidad bajo la blanca y sonrosada envoltura de la rubia, que bajo la morena piel de su compañero.

Pero llegó un momento en que éste exclamó:

—Y luego, para colmo de venturas, tendremos un hijo...

Estas palabras causaron en Consuelo una verdadera revolución, un radical cambio. La nieve de las mejillas se tornó en grana; el fulgor de los ojos se convirtió en suavísima irradiación; el alabastrino cuello, que sostenía erguida la cabeza, inclinóse dejando caer ésta sobre el hombro de Miguel, y una voz suave como el murmullo del céfiro respondió blandamente:

—¡Qué tonto eres!...
Luego la mirada de la joven, vaga, indefinida, se perdió en el espacio, pareciendo como que el azul de aquellas hermosas pupilas se fundía con el del despejado firmamento. ¡Consuelo ya se sentía madre!

Y lo fué al cabo de un año de matrimonio.

Cuando se verificó éste, los amigos y amigas de los cónyuges deseáronles y les presagiaron una eterna luna de miel. El novio no puso en duda que así sería, y durante los tres ó cuatro primeros meses de existencia conyugal pudo creer que no se había equivocado. Su corazón pertenecía en absoluto y por completo á su esposa; sólo por ella y para ella vivía; y cuando la joven, ruborizándose, le confesó que había notado los primeros síntomas de la maternidad, el gozo de Mi-

guel fué inmenso: ¡iba á tener un hijo de ella! En el primer arrebato de su alegría, abrió los brazos y quiso estrechar entre ellos á su esposa; pero ésta, apartándole suavemente y lanzando expresiva mirada á su fecundado seno, murmuró:

—¡Loco! ¡Ten cuidado!...

¡La amante, la esposa, habían cedido ya el puesto á la madre!

Llegó el instante del alumbramiento. Este ofreció tantas dificultades, que el médico habló de hacer una operación, de sacrificar al hijo, para impedir la muerte de la parturienta.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó el joven sin vacilar.—¡Ella ante todo!

Consuelo le dirigió una mirada de horror, casi de pasajero odio. Hizo un supremo esfuerzo... y salvó la vida al fruto de sus entrañas.

Miguel fué buen padre; su cariño *al hijo de Consuelo* era grande; ninguna obligación dejó incumplida de cuantas la paternidad impone, y no necesitó, para proceder así, recordar que tal era su deber, pues hallaba estímulo suficiente en su ternura; mas Consuelo siguió siendo el objeto de su predilección, su bien amado, aquel idolo que en el altar de su corazón había levantado y que debía permanecer allí hasta que el corazón dejase de latir.

Guardémonos de decir que Consuelo no amaba á su marido; pero es lo cierto que su amor había sufrido una gran transformación; la joven ya no quería al esposo amante, sino al padre de su hijo; para éste y no para Miguel fueron en adelante los arrebatos de su pasión; y Miguel, comprendiéndolo así, sufrió en silencio y se resignó. ¡Aquella inmensa felicidad soñada, y que por breve tiempo disfrutara, había desaparecido para siempre! Los gozos de la paternidad atenuaron el dolor de esta pérdida, sin lograr extinguirlo, porque no hay compensaciones suficientes para el amor, sentimiento tan orgulloso como abnegado, que lo da todo, pero lo exige todo, y no se satisface sino con el primer puesto.

Pasaron años. El hijo del matrimonio se hizo hombre, acabó su carrera, se casó á su vez y, por exigencias de su profesión, establecióse en ciudad lejana. Los padres, ya ancianos, quedaron solos, y quiso el azar que, en época de epidemia, cayeran á un tiempo en el lecho, de donde no se habían de levantar.

Casi á la misma hora exhalaron el último suspiro. Miguel, vuelto hacia su esposa, sin separar un instante de ella los ojos, falleció repitiendo con igual pasión que treinta años antes:

—¡Consuelo!... ¡Consuelo!...

Poco después, ella, con la mirada fija en el espacio, como si quisiera salvar éste con el esfuerzo de su voluntad, expiraba murmurando con acento de infinita ternura:

—¡Hijo mío!...



Srta. MARIA NINFA VIDAL

Autora de la pieza de música que acompaña al número.

EDUARDO BLASCO

ÉGLOGA

POESÍA PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN ZARAGOZA

Bajo el muro, un arroyuelo;
y á su mismo borde asida
una parra retorcida
sonríe entre tierra y cielo.
Diríais que toca al suelo
como un ave, sin hincar;
diríais que va á escapar
cuando agita su ramaje
y que oculta en su follaje
las alas con qué volar.
Mas no huye; á lo mejor
parece que escucha ántea
lo que le canta ó le cuenta
el arroyo bullidor;
y es de hijo encantador
lo que escucha ó lo que siente,
pues ondula de repente
y echa más el cuerpo afuera
cual si amorosa quisiera
darle un beso á la corriente.
Al verla él así, tan bella,
muy en alto, lo ideal,
ya sólo tiene cristal
para reflejarla á ella.
No goza palpable huella
del amor que le cautiva;
mas lo siente en su onda viva
cierto y real de tal modo
que antes dudara de todo
que de su encanto de arriba.
Y ella y él, cuando ya ondea,
de la noche el primer velo,
que ensombrece al arroyuelo

y entre la parra azulea,
vibran sutil melopea
en que flotan, armoniosas,
esas voces misteriosas
que seducen nuestro oído
cuando vierten el sentido
del lenguaje de las cosas.

• Si esto es soñar no lo sé,
—canta el arroyo,—ni acierto
á juzgar si estoy despierto
cuando te cantá mi fe.
¡Qué importa! Mi amor te ve
flotando arriba, nimbada
de esplendores, y asomada
sobre este pobre arroyuelo
que bebe la luz del cielo
á través de tu enramada.
Cuando á besarme se inclina
la opulencia de tus ramas
circulan vivientes llamas
por mi linfa cristalina.
Pero mi suerte es mezquina.
¡Yo te sueño, y tú... confiesa
que tu encanto es verte presa
del sol...! Y el eterno amante
gime con tono insinuante:
• ¡Porque ese sí que te besa!
—¿Qué es besar! ¡me tiene entera!
canta la parra sintiendo
que un hervor le va subiendo
hasta su copa hechicera.
• Yo he de ser lo que el sol quiera,

sin su luz, leña aterida,
y á su fulgor, urna henchida
de una savia generosa
por cuyas ondas rebosa
la plenitud de la vida.
Si al mirarte me recrea
tu frescura; si percibo
hasta el soplo fugitivo
que en mis ramas juguetea;
si hallo en cuanto me rodea
nueva ocasión de sentir;
si no me rinde el sufrir
y llamo suerte á mi suerte,
es que mi sol me hizo fuerte
dándome afán de vivir.
Sólo siento... ¿Quién dijera
que tales cosas soñara!
Y al decirlo puso cara
de soñar una quimera.
Sacudió su cabellera
de follaje y prosiguió:
• ¡Cuántas veces me asaltó,
como envidia, un loco anhelo
de ser tú!... Y el arroyuelo
murmuró asombrado—¿Yo?
—¿No lo entiendes? Yo tampoco.
Soy dichosa, y ya lo ves;
te he envidiado. Mira si es
mi anhelo un anhelo loco.
Me atosigaba hace poco
cuando á verte me incline;
pues si ruin te juzgué,
preso abajo, tus reflejos

aún brillaban á lo lejos...
¡Allá... muy lejos, no sé!
¿Qué hay allí? ¿Qué vida nueva
por esa anchura se esconde?
¡Quién fuera contigo á donde
tu clara corriente lleva!
Cada vez que en mí renueva
este anhelar tu murmullo,
por vencerle hasta el orgullo
de mi fuerza pongo á empeño;
pero aún vencido, el ensueño
me embriaga con su arrullo!
—¿Y eso, dijo él, te cautiva
con atracción de misterio?
¿No ves que es un cautiverio
mi condición fugitiva?
Allá, no; yo sueño arriba,
sobre el cielo ó bajo el cielo,
algo que colme mi anhelo,
que me suba ó cuaje en mí
y acabe el tormento así
de arrastrarme por el suelo.
Y aún prosiguió la corriente
su canturía sugestiva,
viendo tras la parra, arriba,
un cielo azul sonriente.
Dobló la parra, indolente,
con languideces de palma,
su ramaje, y en la calma
del dulce recogimiento,
aún flotaban en el viento
las inquietudes de un alma.
M. MORERA Y GALICIA (*Lérida*)



S. A. R. LA SERMA. SRA. D.^a MARIA DE LAS MERCEDES DE BORBON Y DE HAPSBURGO-LORENA

PRINCESA DE ASTURIAS.

Fot de Franzen (Madrid).

† Fallecida en 17 de Octubre del corriente año.